— Tampoco.

— ¿Pues entonces?...

— Señor don Celso, burlando la fe de mi marido, tuve con usted relaciones de que me avergüenzo.

— Usted es dueña de avergonzarse de lo que quiera.

— De estas relaciones resultó una niña, hija de usted...

— Es verdad; pero ya debe haberse muerto, porque jamás me ha hablado usted de ella.

— No señor, vive, y está en México...

— ¿Y qué quiere? ¿dinero?

— No dinero, ella no quiere nada; pero es pobre; y aunque no la reconozcamos, es preciso protegerla, si á usted le parece.

— Por supuesto, si es mi hija, y yo no soy ningún tigre. ¿Cómo la había de abandonar? ¿Dónde está? ¿Cómo se llama? ¿Usted la conoce?

— Yo la conozco: está de cómica, y se llama Inés Martínez.

— ¡Inés! ¡Inés! ¡Maldición! gritó don Celso.

Y se lanzó á la calle como un loco, sin sombrero; y dejando á doña Estefanía asombrada y sin comprender lo que pasaba.

— ¡Algo horrible hay en esto! dijo ella.

Y salió también á la calle en seguimiento de don Celso.

CAPILLA ALFONSINA

XXI

Mexicalzingo

Desde que el hambre había comenzado á hacer estragos en la ciudad sitiada, los habitantes comenzaron á buscar la salvación fuera del recinto fortificado, y en el campo y en las poblaciones ocupadas por las fuerzas republicanas, dando con esto la mayor prueba de confianza á aquellos hombres á quienes los periódicos del Imperio pintaban como unos forajidos sin corazón, sin moralidad y sin sentimientos humanitarios.

Al principio, un temor muy natural hizo que los que se atrevían á salir mirasen aquel acto como uno de los trances más difíciles y comprometidos de la vida; pero la buena aceptación que encontraban en las líneas de los sitiadores, y la seguridad completa con que hacían la tra-

vesía, dió ánimo á todos los demás; y luego no fué ya por necesidad, sino casi por moda, por lo que todo el mundo se apresuraba á salir.

Sin distinción de color político, ni de clases, ni de nacionalidad, los liberales permitían y protegían aquellas salidas, y sólo los muy comprometidos con el agonizante Imperio se abstuvieron de abandonar la ciudad.

El punto escogido para salir de la capital fué la garita de la Viga.

La facilidad de hacerse conducir en una canoa y lo remoto del peligro en un punto en que no podía tener lugar un gran combate por lo accidentado del terreno, fué sin duda lo que dió origen á esta preferencia.

Desde el interior de México, salen las canoas por este canal que recibe las aguas de la laguna de Chalco.

Turbias y cenagosas estas aguas dentro de la ciudad, van poco á poco apareciendo puras y cristalinas, á medida que se avanza en ellas, hasta llegar á divisarse el fondo de la laguna en los lugares más profundos. Pocos paisajes habrá más pintorescos sobre la tierra que los que se descubren navegando por el canal de la Viga.

Esmaltadas sus márgenes de flores, cubiertas las pequeñas heredades que riega por verde y tupida grama, y sembrados por todas partes infinitos y garbosos sauces, la imaginación no puede concebir nada de más ameno que este cuadro, en cuyo fondo se destacan sobre un cielo

encantador el Popocatepetl y el Ixtlazíhuatl, con sus soberbias cumbres coronadas de eternas nieves, en donde el sol reverbera ardiente durante el día y tiende al crepúsculo sus luces rojas ó color de rosa.

Mil pájaros trinan al encenderse el día y al asomar la noche; y entre aquella melancólica y dulce calma, llegan algunas veces como deslizándose sobre las aguas, los cantos monótonos y tristes de los remeros del canal ó de los pastores de las vegas.

Pero esta calma y esta tranquilidad habían desaparecido en el sitio, y no eran sólo ya la ligera chalupa cargada de flores y de verdura, y la pesada trajinera con maíz ó paja, las que se miraban por allí: multitud de canoas de todos tamaños cruzaban el canal á todas horas, llevando y trayendo á los puestos avanzados de los liberales, tropa, oficiales, pertrechos, armamento, víveres; conduciendo á los ingenieros que practicaban sus reconocimientos ó á los generales que visitaban su línea.

Las canoas que iban de México presentaban el espectáculo más agradable: hombres y mujeres de todas las clases de la sociedad, con diversos trajes, con multitud de baúles, de cajas, de envoltorios, enarbolando banderillas blancas, como aviso de sus pacíficas intenciones; pero todos alegres, animados, platicadores, risueños, saludando á cuantos oficiales encontraban, refiriendo fantásticas noticias de lo que acontecía en la ciudad y mostrándose

entre sí con una especie de alegría infantil, la fruta, la verdura, el pan, la carne, la leche; todo, todo aquello que miraban y de lo que habían estado privados por tanto tiempo.

Las señoras querían comprar de todo lo que veían: los hombres comían de todo lo que encontraban; y al llegar á Ixtacalco, todos se detenían y saltaban á tierra, y llevaban á las familias que habían quedado en las canoas cuanto encontraban; y luego volvían á emprender su marcha para llegar á Mexicalzingo.

Mexicalzingo era el puerto en donde venía á terminar siempre la navegación de aquellas flotas, y al lado del puente se efectuaba el desembarque.

La animación era extremada: las gentes pobres cargaban sus pequeños equipajes y se deslizaban entre la multitud; las mujeres elegantes salían de las canoas en medio de los oficiales que se agrupaban por mirarlas, como esas heroínas de las novelas venecianas que saltaban á tierra en las gradas del mármol de sus palacios, abandonando sus góndolas de caoba y de sándalo, incrustadas de marfil y de concha.

Multitud de carruajes esperaban en Mexicalzingo á los viajeros, desde el humilde y modesto carretón de dos ruedas cubierto de petate y tirado por dos mulas ruines y mal comidas, hasta las soberbias berlinas y las calesas elegantes.

CAPILLA ALFONSINA

Todos los pueblos de los alrededores de México estaban llenos de gente, y las familias tenían que dormir en las calles y en las plazas, en tiendas de campaña improvisadas; y de todos estos pueblos venían todos los días á Mexicalzingo una gran multitud á esperar á sus amigos, y á sus parientes, ó al menos á recibir noticias suyas.

La familia Murillo determinó también abandonar á México, tanto porque se le comunicó aquella especie de contagio, cuanto por ver más pronto á Eduardo, que había escrito á su padre que se encontraba en Mexicalzingo.

Don Bartolo y doña Guadalupe iban contentos porque iban á ver á su hijo; pero Elena pensaba tal vez, más que en su hermano, en Jorge, por quien había llegado ya á tener un verdadero amor, á fuerza de pensar en él y de oirle mentar siempre en su casa.

No será necesario decir que la noche anterior al viaje la muchacha no pudo pegar los ojos en toda la noche; se le figuraba que el día tardaba mucho, que sus padres dormían más de lo necesario, que los criados se detenían mucho en los preparativos; y temblaba al pensar que algún incidente podía impedir ó retardar el viaje.

Amaneció por fin; y al primer albor Elena estaba ya en pie despertando á todos, animando á todos; pero tan alegre, tan festejosa, que los viejos tenían un verdadero placer en mirarla. Se había vestido con tanta coquetería,

se había peinado con tanto cuidado, como si se tratara de ir á un baile: la sombrilla más elegante, el abrigo de mejor gusto, los guantes más bonitos, los pendientes más graciosos, todo lo había escogido para este día: la pobrecita quería parecer hermosa á los ojos de Jorge, á quien iba á encontrar, y esto, por supuesto, sin atreverse á confesárselo á sí misma, sin atreverse ni á pensarlo.

Llegó la hora de la partida, montaron en el coche, y Elena sintió que le brincaba el corazón.

Un dependiente de don Bartolo tenía ya dispuesta la canoa, y la familia se embarcó. Elena procuraba que no se descubriera un bulto mal colocado, que las botas de su papá no aparecieran entre las prendas de equipaje, en fin, que nada hubiera allí que pudiera parecer prosaico; porque una mujer cuando está verdaderamente enamorada tiene el tacto más exquisito para evitar todo aquello que pueda desvanecer la ilusión de su amante, y cualquiera injuria es capaz una mujer de perdonar primero que la imprudencia del que descubra ante el hombre que ella ama, el zapato que ha sido dado de baja en el servicio ó la media herida que se abandona por inútil.

Las mujeres odian todo lo que tiene siquiera un viso de ridículo, y antes le dará su amor una mujer á un hombre á quien ha visto cometer un crimen, que á un desgraciado á quien ha contemplado en ridículo en cualquier acto de su vida.

CAPILLA ALFONSINA

Desde que comenzaron á descubrirse las avanzadas republicanas Elena no fué dueña de sí; se paraba en la canoa, se volvía á sentar, se componía el sombrero, se ajustaba los guantes, en fin, estaba en un constante movimiento.

Pasaron de Ixtacalco; y cerca ya de Mexicalzingo vieron venir una canoa pequeña que avanzaba á fuerza de remo y en donde venían dos oficiales.

Aquella canoa se aproximaba, y á Elena le dió un vuelco el corazón. Los dos oficiales eran su hermano y Jorge.

Las dos embarcaciones se juntaron, y los dos jóvenes pasaron á la que conducía á don Bartolo. Las circunstancias autorizaban un abrazo, y Jorge abrazó á Elena.

Preciosa estaba la criatura con su gracioso sombrerito de paja, encendida por la emoción y por el calor y animada por la dicha de aquel encuentro.

—¿A dónde iban ustedes? preguntó don Bartolo.

—A encontrarles, dijo Jorge.

—¿Ya sabías que veníamos?

—No, pero tuvimos un presentimiento, contestó Eduardo; como salen tantas gentes, creí que ustedes vendrían.

Llegaron á Mexicalzingo: Eduardo dió el brazo á su madre, y Jorge á Elena. La joven iba orgullosa: aquel hombre era uno de los más constantes en la larga lucha de independencia; sus compañeros le veían con respeto; y luego era un buen mozo; su sencillo uniforme le sentaba tan bien. lo llevaba con tanto garbo, que era preciso ser muy descontentadiza para no quererle.

Todo esto pensaba Elena. La familia tomó el alojamiento de Jorge y Murillo, que vivían en Mexicalzingo, asistidos por Tula y Anita, que estaban alojadas también allí, con Diego y con Rito.

Aquellas dos buenas mujeres se presentaron á la familia tan pronto como supieron que era la de Eduardo, y comenzaron á servirles en cuanto se les pudo ofrecer.

Jorge comprendió que llegaba para él el momento del combate. Elena y Alejandra iban quizá muy pronto á encontrarse dentro de su corazón.

¿Quién vencería?

CAPILLA ALFONSINA

XXII

Las dos rivales

La familia Murillo pasaba sus días muy tranquilos en Mexicalzingo: ya nadie creía en la posibilidad de una salida por parte de los sitiados, y la rendición de la capital era un acontecimiento que se esperaba como seguro.

Eduardo y Jorge iban, en los momentos que el servicio se lo permitía, á visitar á don Bartolo, y acompañaban á las señoras á dar algunos paseos por la población.

Como era tan grande el número de personas que salían de México, se habían improvisado fondas y cantinas por todas partes, y los vendedores de frutas y de dulces que venían de los otros pueblos diariamente aumentaban el bullicio.

Elena era feliz: veía á Jorge todos los días, y por lo